

Miscelánea psicológica en busca de tí

EDGAR IVAN RAMIREZ *

Estoy sentado en el comedor del Graduation Hall de Memphis, Tennessee. Son las 4 de la tarde y el sol deslumbra afuera como una gigantesca linterna sideral alcanzando a develar el secreto victoriano del recinto. Es el año de 1896, agónico año de traiciones. Ahí viene otra vez ese contrabandista de Ernest Hemingway con su cara tostada y su hot panama de blanco vuelo que lo hace aparecer como un monje loco que usara el hábito sobre la cabeza. Me mira y se sonríe. Definitivamente no le compraré el Ancien Lange. Aunque creo que usted no es capaz de fumar —me dice— de punta a punta un habano genuino, se lo ofrezco. Evidentemente el reloj es tan genuino como sus tabacos, le respondo, pero la verdad no puedo comprarlo ahora. En cambio lo invito a tomar un Thomas Parr 20 años. El hombre apura el trago de una vez y se complace mostrándome sus labios húmedos por el licor. Los besa entre sí con deleitación hasta que deseca su brillo. Me habla de no se que bahías tachonadas de palmeras y playas aplanchadas desde siempre por espumas coralinas y cocoteros enormes como meteoritos. Se marcha con su contrabando de sueños, dejando mi ánimo repleto de visiones tropicales que sí logró venderme y un cenicero de plata donde reposan los restos calcinados de 3 cigarros fragantes.

Salgo tras él en pos de mi tranquilidad. Digo adiós a las lámparas cristalinas y a las borlas cola de león que recogen las cortinas aterciopeladas color de olivo. El tabaco me ha dejado un insoportable sabor seco en la lengua, así que compro un paquetico de sen-sen en un puesto esquinero. Sen-sen de sabor a yerbabuena, verde jaspeado. De manera que el General Rafael Uribe insiste en organizar

* Ganador del Primer Concurso Nacional del Taller de Escritores de la Universidad Central, para escritores inéditos.

la resistencia armada en el Magdalena. Por ventura no cuenta ya con la vacilación de Sergio Camargo. Pero aún así estoy seguro de que los comerciantes del costado norte de la Plaza de Bolívar con sus sombrererías y sus depósitos de almendras francesas, no lo van a apoyar. Mi abuelo me lo ha dicho anoche mientras cenábamos y orgulloso me mostraba 7 esmeraldas gota de aceite que hoy debe estarle vendiendo a Faruk Abacuk en el Hotel Granada. Tal vez me inviten a tomar té, de modo que voy a caerles. Este es otro comedor victoriano aunque de menor vuelo. Aquí no toma asiento ni come a la francesa ningún Reverendo negro ni ningún general victorioso retirado. Solo comerciantes turcos y polacos, salpicados por la saliva amarillenta que despiden en su conversación algún embajador norteamericano de cabello engominado o uno que otro político nacional en trance de regeneración. Y mi abuelo. Allí están. El perfume de Ilang Ilang que Emmanuel aplica sobre la azucena blanca de su solapa llega hasta la entrada. Me convida a sentarme e inesperadamente le piso el guardapolvo izquierdo. ¡Cuídate, —me dice—, cuídate si no quieres que te coja del meñique y te haga bailar el zumangué!. Es la máxima ofensa del abuelo. Y el zumangué es una ridícula danza consistente en ponerse de pie, agitar las manos al cielo y vociferar algunas palabras en griego, mientras uno se marcha del lugar. Ahora no puedes bailar-lo, le respondo, primero hay que terminar con Faruk. Ya han terminado, sin embargo, entregando el uno 7 piedras de luna verde y el otro recibéndolas a cambio de 700 libras esterlinas. La Reina Victoria otra vez como fondo de todo.

Lipton debe ser un hombre riquísimo. Pero ahora me interesa averiguar pronto ese nombre. La bibliotecaria embutida en su corpiño de seda azul no levanta los ojos del escritorio. Please miss, la interpele. Basta eso para que me mire fríamente extendiendo como una autómatas un pesado libro de pastas oscuras. The diplomacy between Colombia and the U.S., que definitivamente es una historia incompleta. Por ningún lado aparece el nombre del capitán del buque Wisconsin en 1901. Se perdió en el olvido aunque puede ser que repose plácidamente su conciencia dentro de una bóveda de mármol en cualquier cementerio bautista de cualquier Hampton Shire o cualquier Filadelfia. Se perdió. Solo nos sobrevive a nosotros, el recuerdo del barco, porque su nombre y su existencia mercenaria hasta han desaparecido del cuaderno de bitácora de la armada de los Estados Unidos de América. Estoy entregando el libro a la bibliotecaria, pero no se apercebe porque llora. ¿Qué le

pasa?, pregunto al silencio del salón. Lloro porque ha muerto mi hermana, me responde la vigilante de un ruido inexistente. Acaso ¿no se ha enterado usted, me dice, de la muerte absurda de Bessie Smith? Me doy cuenta de que la mujer es negra cuando sus lágrimas alumbran su vida. El Alhambra se despedazará ladrillo por ladrillo, continúa ella. Me regala un ejemplar del Memphis Post. Estoy en 1935 y Eduardo Santos está firmando un decreto que regula las conclusiones de la Misión Kemmerer en Colombia, sentado a la manera de Wodorow Wilson en su mullido sillón de cuero argentino.

Claro que acepto la invitación a tu boda y allí estaré para felicitarte personalmente Doroty McKensey. Y por supuesto a tí también, sin beso en la mejilla, Robbie Townsend. ¿Y saben por qué acepto? porque soy un enamorado de las predicciones y me gusta ser testigo de lo que aún no ha sucedido pero que sucederá, puesto que ustedes se casarán pasado mañana 15 de julio de 1910 y dentro de 3 años tú, mujer, parirás en el hospital del Estado a un muchachote que nombrarán Bo, Bo Townsend Mc Kensey, quien será capitán del equipo de baloncesto del Minesota High School y también asistiré a la boda de Arthur Douell con Rosana Stevenson el año entrante en Maine pues estos procrearán, cómo me suena de graciosa la palabreja, procrearán 6 chicos, el cuarto de los cuales morirá en Auswits y la mayor se casará con Bo y dará a luz, otra expresión graciosa, alumbrará plácidamente atendida por el método indoloro de Maharishi, a Frederick Douell Stevenson, master en economía en Harvard y Yale promoción 64 y hoy gerente para Latinoamérica de la REXXON Company de Austin, Texas, quien acaba de postergar su viaje a Bogotá para la firma del contrato de explotación de El Encerrón en la Guajira, puesto que hace 2 horas le han comunicado la lamentable muerte de su octogenario tío Claude Bowers, antiguo embajador norteamericano ante la República española de 1936.

Ya empiezan a llegar las aristocráticas parejas para la cena. Yo, como suramericano heredero del asombro español ante la naturaleza indoamericana, observo en primera fila el desfile de pieles blancas y ojos azules que está tomando asiento en el comedor. El fondo del salón está adornado por una pancarta gigante que pide la captura —vivo o muerto— de Jesse James a cambio de una REWARD de US\$500.00 opaca y repleta de moscas. Espero a Nidia Margarita y espero también a Joseph Crown, el banquero de quien somos

huéspedes en Boston. Llega primero Nidia, espontánea y hermosa como el vuelo de una garza. Camina despacio hacia mi mesa con la seguridad de quien se sabe esperado con ansia por alguien. Me importa un bledo la tesis de Crown sobre la inevitabilidad de la expansión financiera norteamericana en el mundo y su misión progresista, ante la sonrisa ingenua y gentil de los labios de Nidia. No le interesa para nada mi aventura por el Hotel Granada de Bogotá ni mi testimonio sobre el pesar negro ante la muerte abandonada de la negra Smith que cantaba como si fuera la propia voz de las cordilleras, ni las consecuencias fatídicas de las bodas de 1910 y 1911 a las cuales he sido invitado y he asistido sombrío. Solo me pide que le cuente los pormenores del casamiento en sí, el lujo de gasas blancas y ramilletes de azahar y los sacolevas rayados guardando cuerpos jóvenes. Nidia es la juventud soñadora, la propia juventud que se disuelve en alegres pensamientos. Le estoy diciendo a Crown sin mirarlo, que se siente mientras beso la sangre vital de los labios de Nidia y oigo la queja del magnate por mi descortesía y que pide champaña y habla de Wall Street y explica a mis oídos inconexos sus argumentos ciertos pero mortales. Solo me interesan las manos de Nidia, tan delicadas como una paloma romana de alabastro y el alma que las hace moverse buscando algo que saben que obtendrán: la felicidad inocente de los sueños.

Nidia me habla de muñecos de porcelana que ha visto en un mostrador del Macys y detalla los percales que los visten y piensa en nuestros hijos por venir. Yo solo tengo para ella una petición: que me ate fuertemente a su presente porque siento que su espíritu es inmortal y el tiempo me está bamboleando sin orden del ayer al mañana en un de aquí para allá enloquecedor. Ella está aceptando, ha aceptado desde siempre, diciendo que su presente se encuentra guardado dentro de mis músculos. Respiro tranquilo; puedo vivir para contar cualquier cosa que llegue a suceder hoy o ayer, mañana u hoy. Todo porque me pulsa el cerebro un corrientazo de búsqueda de las historias pasadas del sitio donde vivo y he encontrado el alma de Nidia encerrada en su perfil diáfano, un pasado que tiene que ver con todo eso que ha sucedido en cualquier parte.

Juan José Svensson

GUILLERMO ALVAREZ*

Mi nombre es Juan José Svensson y seguramente les dice a ustedes tan poco como a mi me dice el suyo, sin embargo les voy a contar exactamente cómo pasó y sépanlo de una vez que no me importa si me creen o no. Todo empezó una mañana a comienzos del mes de mayo. La primavera había entrado con todo su fulgor, las flores ya habían empezado a salir sin timidez alguna y no quedaba ningún rastro de nieve o hielo como a veces sucede en esta época por aquí arriba. Era sábado y en Estocolmo se vivía intensamente ese ambiente de belleza y sensualidad incomparables que le es único durante dos meses gloriosos. Me salí al centro a pasear por las calles y parques y disfrutar mirando las mujeres que estaban más hermosas que nunca. Estando sentado en el Parque del Rey observando y tomándome un refresco con deleite vi súbitamente una joven alta y espigada de caminar desenvuelto, cabellos rubios y largos y unos zapatos rojos de correas y tacón alto, ustedes saben a cuales me refiero, que calzan un pie de diosa y dan pasos cortos y coquetos. . . Sin pensarlo, pero sin estar decidido a hablarle, me paré como un autómatas y me puse a seguirla hipnotizado y fascinado sin comprender cómo podía haber tanta belleza y gracia juntas. Caminamos por Hamngatan, subimos por Regeeringsgatan y de pronto se paró a comprar un helado cogiéndome tan de sorpresa que casi la atropello, pero como afortunadamente tengo buenos reflejos desde pequeño, pude esquivarla y pararme a unos cuantos metros mirando hacia la acera opuesta y haciéndome el que buscaba algo. Nuevamente emprendió la marcha y yo detrás de ella sin poder quitar mis ojos de sus hermosas caderas la seguí por Kungsgatan y al atravesar la calle frente a Hotorget oí la frenada de un carro, de lo que me acuerdo porque fué ahí

* Segundo Premio del Primer Concurso Nacional del Taller de Escritores de la Universidad Central, para escritores inéditos.

cuando pensé que al llegar a Drottningatan, aprovechando que es calle para peatones, haría una jugada táctica y me deslizaría por la acera del costado oriental que tiene unas columnas que se prestan muy bien para pasar desapercibido y me haría el encontradizo para admirarla de frente y creo que hasta decidí chocarme con ella en todo el centro de la calle. Sí, en todo el centro de la calle, no se les haga raro porqué esa mujer en Drottningatan no podría caminar por las aceras. Fue exactamente a la altura de la tercera columna frente a la relojería que los dos hombres se me interpusieron y después de mostrarme unos carnés que no pude identificar me dijeron que tenía que seguir con ellos. Decían que ya estaba haciendo demasiado daño y que había pasado a ser un peligro directo para la seguridad del estado y que nada de oponer resistencia porque iban armados. Me tomaron cada uno por un brazo para llevarme al carro diciendo que con ellos si tenía que andar rectico. Yo estaba naturalmente asombrado pero créanme que fue hasta después en las oficinas centrales que sentí miedo, me llevaron allí después de dar vueltas por sitios de la ciudad que para mí resultaban muy extraños y desconocidos, viéndolos desde el Volvo negro y fantasmagórico, a pesar de que la conozco muy bien y conste que no me las doy como el jefe acusador-interrogador que decía todo el tiempo que él sabía lo que pasaba en todas partes y que sabía si la gente marchaba o no y cómo. Horas después cuando ya me había empezado a pasar el miedo, yo continuaba perplejo con las preguntas que me hacían. ¿Que dónde tenía guardados los tacones de mis zapatos que cambiaba personalmente y con tanta frecuencia? ¿Por qué usaba zapatos a prueba de resbalones aún en época de verano? ¿Por qué nunca miraba hacia atrás cuando iba por la calle siendo que todo el mundo lo hacía? ¿Por qué borraba mis huellas en la nieve con ramas que siempre llevaba conmigo? Como lo habían podido comprobar el invierno pasado a través de un agente que en paz descansa. ¿Por qué tenían mis sacos y chaquetas remiendos en los codos? Porque se le gastan, contestaba el asistente socarronamente. ¿Quiénes eran y dónde estaban los otros que tan sagazmente estaban mezclados entre la gente recta? ¿Qué estrategia teníamos? ¿Cree usted en la lógica? ¿Es usted uno de esos a los que Descartes les importa un bledo? ¿Cree en la geometría euclidiana? ¿Quién tiene para usted más razón: Kant, Lutero o Santo Tomás? ¿Qué le gusta más: un triángulo rectángulo o un triángulo equilátero? ¿Por qué se ha quedado mirando extasiado tantas veces los baldosines de la Plaza de Sergels? . . . Les cuento que a todo ésto contestaba yo como medio podía pensando solo en poderme librar de

la sonrisa burlona del asistente. Ahora, les digo sinceramente, no me importa un carajo, estoy aquí y no sé cuáles son las perspectivas inmediatas ni futuras, de lo único que me he podido dar cuenta es de que cada día oigo más gente en las piezas de este edificio gigante, ya tenemos un código para comunicarnos unos con otros y ayer vi gente en los patios de atrás que siempre estuvieron vacíos y esta mañana oí decir que ya hay más edificios como este para meter gente porque día a día el número crece y las instalaciones no alcanzan. Días más tarde me llevaron a una oficina diferente, más grande y mejor decorada, donde me esperaba un hombre grave e hinchado de autoridad que me dijo simplemente: "Así que usted es el de los ángulos rectos." Yo no contesté nada, sorprendido como estaba, pero me quedó sonando la observación del que parecía ser el jefe del *Buró Central de Rectitud y Rumbo* como más tarde me enteraría. Ustedes se preguntarán por qué yo no preguntaba de qué se trataba. Pues sí, lo hice varias veces sin obtener respuesta alguna pero recibiendo en cambio sonrisas y miradas de desprecio y hasta golpes que aquí son cosa muy rara, pero que me ayudaron a despejar el panorama cuando el asistente de interrogatorio sin poder contenerse me golpeó y me dijo: "¿Así que no puede voltear como los demás cierto? A la larga, decía el verdugo, le vamos es a hacer la corrección completa para que no pueda moverse sino en línea recta y que se joda si quiere coger curvas o que se injerte nuestro estabilizador a control remoto, je, je, je, je, reía desahogado el hijo de perra. Aquí empecé a vislumbrar de qué se trataba, pero yo, sinceramente les cuento, no había notado diferencia alguna entre mi forma de curvar y la de los demás pero ahora empezaba a sentirme inseguro y a dudar sobre el movimiento y la posición de mis pies sobre la tierra; cuando me dejaron solo traté de observarme sin ningún resultado. Después de un tiempo me llevaron a donde el Gran Jefe quien como para excusar el hecho de que me iban a tener aquí me dijo en tono paternal: mire, como usted comprenderá ésto es por su propio bien y el de la comunidad. No podemos permitir que vaya por ahí cogiendo curvas en ángulos de noventa grados, girando mejor dicho, e incluso hasta de ciento ochenta cuando tiene que devolverse en la misma línea direccional en que iba. Como usted ve esto no es posible por ir contra la lógica del desplazamiento en un espacio euclidiano como el nuestro, además si la gente lo ve, de pronto se les da por curvar en la misma forma y si de pronto se extendiera a toda nuestra población. . . Cosa que no es improbable. ¿Qué pasaría?

Que tendríamos que cambiar la lógica, lo cual no es lógico bajo ningún punto de vista. Diciendo esto ordenó que me retiraran de su presencia. Como no pude replicar decidí contarles a ustedes.

Sin ningún compromiso claro está, porque a mi no me importa cómo cogen ustedes sus curvas.

Metamorfosis

CARMEN ECILIA SUAREZ

